

## LECTURA XV

---

*Confraternidad de principios. — Fusión de todas las doctrinas progresivas en un centro unitario. — Resumen.*

SEÑORES:

Llegamos esta noche al término de nuestro trabajo; y para juzgar en resumen las ideas prevalentes en la juventud en 1837, analizaremos los dos capítulos del *Dogma socialista* en que las condensó. « Unó de los muchos obs- » táculos, dice, — que hoy día se oponen y por » mucho tiempo se opondrán á la reorganización » de nuestra sociedad, es la anarquía que reina » en todos los corazones é inteligencias: la falta » de creencias comunes capaces de formar, ro- » bustecer é infundir irresistible prepotencia al » espíritu público ». Y para remover este estorbo da dos consejos en otras tantas palabras simbólicas: « Confraternidad de principios » — « Fu- » sión de todas las doctrinas progresivas en un » centro unitario ». Tal es la política práctica del *Dogma*.

---

Fácil es advertir que esa política vacila sobre sus fundamentos movedizos; y basta interro-

garla para convencerla de falsedad. Ella deslumbraba, porque hería afectos nobles en una situación dolorosa; pero su lustre se disipa cuando se reconstruye el raciocinio que la genera, el cual más bien que un discurso lógico, es un arrebató irreflexivo.

Confieso que me veo embarazado para combatirla, porque nada es más difícil refutar que lo evidentemente falso. — ¿Qué significa «la confraternidad de principios», la «fusión de todas las doctrinas»?

¿Significa la abolición de los partidos? Estamos en la quimera y el absurdo.

¿Significa la adhesión unánime de todos los hombres á ciertos principios acogidos como punto de partida del movimiento social? Entonces no se pide sino lo que el país tenía antes de la dictadura, lo que ha tenido después, sin verse por ello exento ni de las controversias y luchas de los partidos, ni de las turbulencias y trapecerías de las facciones.

Ciencia social que desestima la naturaleza, es necesariamente errada; y la desestima quien pretende organizar un gobierno regido por la opinión y evitar al mismo tiempo el choque de las ideas diversas y de los intereses de partido. Equivale á preconizar la soberanía del pueblo sin pueblo, el imperio de las ideas sin ideas. — Semejante extravío cabe en dos casos: ó cuando se parte de la noción materialista y se toma el pensamiento como un producto mecánico ó químico: ó cuando se construye un sistema de

gobierno basado en la subordinación del pensamiento al criterio infalible de una autoridad extraña al pueblo. Mas si el pensamiento es distinto de sus instrumentos fisiológicos: si la verdad no nos es inmediata y plenamente accesible: si necesitamos raciocinar para acercárnosle, — es natural que la mente yerre y las ideas varíen, á poco que el hombre se desvíe de la línea lógica ó se detenga en ella; y de ahí la diversidad y el conflicto de las opiniones. Si, pues, el pensamiento y la voluntad de todos deben ser reflejados en el gobierno, — ¿en virtud de qué principio puede pretenderse la coincidencia de todos los pensamientos y la unanimidad de todas las voluntades? ¿Qué regla suprema podría reducir las divergencias? — Bajo este simple punto de vista, la teoría del *Dogma* es insostenible. Sus fundamentos no están en la naturaleza; luego, no los tiene.

Y no se olvide que el hombre no es sólo un sér pensador: también es un sér afectivo y apasionado. Nos apasionamos por las ideas y por los que comparten las nuestras. Este elemento es capital en la formación de los partidos. Hablando en rigor, él les constituye; sin su influencia serían escuelas, pero no grupos militantes. Las ideas les dan su papel histórico: su cohesión les da su fibra. Una teoría <sup>(1)</sup> no puede convertirse en hecho político, sino por la elevación al gobierno de los que la profesan y la sirven. De ahí

(1) Véase la Lectura VIII.

que los partidos se esfuercen por predominar.— También excluyen, y es natural que excluyan, puesto que creen poseer la verdad y los elementos adecuados para aplicarla.

No hay término medio entre el combatir de los partidos y la opresión del pueblo por autoridades parásitas; de consiguiente, no hay cordura en exigir la uniformidad de la opinión como condición de una libertad fecunda dentro de un orden sólido de gobierno.

Como este error era arraigado en los autores del *Dogma*, se trasluce en diversos pasajes que ya he comentado, y me abstendré de repetirme, insistiendo en que ni el progreso social puede ser continuo cuando no le fomenta el contraste de las ideas, ni aun los actos necesarios para la rotación regular de los poderes públicos pueden ser ejecutados, ni lo son de hecho, cuando no hay en el país ideas é intereses en pugna, porque en ésta se formaliza el criterio para juzgar los hombres, y en la comunidad de trabajos y de esfuerzos se originan las afinidades doctrinarias y personales que explican los movimientos populares desde las candidaturas hasta las revoluciones.

Fusión de las doctrinas!—dice el *Dogma*; pero esta máxima no tiene sentido filosófico ni valor de aplicación, á no ser la indiferencia por las teorías; y sin ellas es imposible dar una regla á la acción política del pueblo ni de los gobiernos. En abstracto, no hay sino motivos para repelela; y como no quiero pesar sobre vuestra

atención demostrando lo que es obvio, entro en lo concreto. El *Dogma* ansiaba por un principio que sirviera de núcleo á la unidad popular y en torno del cual girara la opinión en todas sus evoluciones.— Pisamos aquí un terreno más firme, porque esta esplicación es un correctivo de la doctrina.

En efecto, la actividad de la opinión produce la divergencia de ideas y el antagonismo de los partidos; pero los pueblos, así como viven en virtud de una fuerza indefinible y tienen una unidad intrínseca, tienen una fisonomía derivada de la tendencia general de todos sus movimientos. Llamémosle vocación, ideal, sistema, como queráis; bástenos saber que cada sociedad en cada uno de los períodos caracterizados de su existencia, se acoge á un centro de ideas, en cuyas consecuencias y desarrollos disienten los partidos, pero cuya inmutabilidad sustancial le da permanencia y le sugiere constancia en su marcha progresiva. La historia suministra ejemplos en contrario, pero son excepciones confirmatorias de la regla; porque los desastres siguen inevitablemente á la falta de un criterio común en los problemas radicales de la política.

Si el *Dogma social* aludía á esta forma de concordia, podemos concederle la razón; pero la exageraba hasta llegar á lo absurdo, y por otra parte, prueba que entendía mal la revolución argentina, cuando afirma que jamás ha existido en nuestra sociedad: que «no hemos tenido fundamento sólido sobre el cual pudiera apoyarse

la razón de cada uno», y que los estragos de la dictadura arrancaban «de la anarquía reinante en todas las inteligencias y en todos los corazones».

Aquí también tengo que invocar vuestros recuerdos para no reproducir la refutación ya hecha del vicioso concepto del *Dogma* acerca del origen y desarrollo del principio democrático en la República Argentina, importado en el espíritu de sus autores por el espectáculo del país en aquella época aciaga, en que más bien soñaban con la libertad eclipsada que no preparaban el porvenir de la patria, cambiando de prisa sus confidencias mientras tronaba en torno suyo el anatema de los verdugos. — Esclareceré, no obstante, un punto trascendental y en que se repara poco por más glorioso que sea.

El pueblo ha tenido la uniformidad compatible con el estado revolucionario, determinada, aun en las épocas de mayor encarnizamiento, por el punto más grave y perceptible de los intereses en lucha. — Hasta 1820 todos los espíritus coincidían en el amor y el servicio de la emancipación patria; de 1820 adelante en el principio democrático. Moreno y el deán Funes confraternizaban en 1810, como Dorrego y Rivadavia en 1826: los dos primeros porque eran partidarios de la independencia; los dos segundos porque eran demócratas. Preveniré una objeción. — Si esta uniformidad ha existido, — ¿de dónde provienen la acritud de los partidos, las descomposiciones sociales, la anarquía que entronizó á

Rosas? — Para mí es muy claro. — A la vez que los partidos constitucionales, ha obrado otro elemento que no era ni podía ser un partido y que criaba la mayor dificultad ante el paso de los que eran capaces de organizar la democracia. Aludo al caudillaje y á las masas que él fanatizaba. Quienes quiera que hayan ejercido influencia en los consejos de gobierno ó en la opinión pública con un espíritu elevado y patriótico, aceptaban el principio democrático como resultado de las agitaciones populares; pero para darle formas regulares, tenían que resolver dos cuestiones: la forma orgánica del gobierno: el papel atribuído á las masas y sus encarnaciones genuinas en el movimiento político. Revestían ambas tan suma gravedad, que cualquiera diferencia de solución debía apasionar profundamente; y como las muchedumbres eran enérgicas, los partidos se veían forzados, ó bien á herirlas de frente, ó bien á ser tolerantes con ellas, acaso en exceso, lo cual contribuía á envenenar sus pasiones. Conocéis su historia, sus inspiraciones y sus extravíos: por qué antecedentes y en qué circunstancias fueron ambos desalojados de la arena, en la cual les sustituyó la fuerza inculta; y con estos datos deduciréis, como yo, dos consecuencias: la tiranía que paralizó el movimiento liberal no es producto de la falta de un ideal común, sino una peripecia del drama revolucionario muy lógica dada la complejión social de este país; y por lo demás, la uniformidad del pueblo en ciertos principios

cardinales no ha impedido en el pasado ni impedirá en lo porvenir la formación de partidos, como no elimina la posibilidad de que ellos se descompongan y degeneren. Hay pueblos enaltecidos por sentimientos universales, pero no hay opiniones compactas, porque las ciencias morales no tienen la certidumbre de las matemáticas. Hay partidos probos, pero no hay partidos incorruptibles. No es política ni es ciencia inventar teorías para otro hombre sino el que conocemos por la conciencia y por la historia.

Y en el fondo, el *Dogma socialista* era un credo político; luego, tendía á reclutar un partido. Adherencias, más ó menos completas á ciertas máximas generales, no podían hacer fecunda la acción de los iniciados; y la disciplina de la Asociación «Mayo» bastaría para despejar cualquier duda.—Sus autores se veían, pues, obligados á emplear los medios que teóricamente repudiaban, porque la política no tiene otros. Ni se diga que su partido consistía en no tener ninguno. Eso implica, y es un retruécano, pero no una doctrina. Un individuo puede eximirse de toda solidaridad de partido; pero una agrupación en que se afilian todos los que comparten una idea precisa para servirle, es por ese hecho un partido; acaso se desligue de toda influencia tradicionalista, piense con originalidad, y trace á los pueblos caminos antes desconocidos, sea, como decía la juventud de 1837, un *partido nuevo*, pero es irremediamente un

partido. Combate, ambiciona y excluye. No hay medio: toda evidencia incluye la repulsa de lo que la niega; y no es natural ni sería discreto que los hombres confiaran indistintamente el poder de gobernar á los que comparten ó á los que rechazan la doctrina que, ante sus ojos, constituye la verdad política.

Los preconizadores del *Dogma* contraían el deber de hacer triunfar las ideas formuladas en él.—Sí, dirían,—pero «abnegando toda liga con »los partidos que se han disputado el predominio »durante la revolución».—Enhorabuena; pero de esta ruptura con el pasado ¿no se seguía la exclusión de los que le fueran fieles?—Nótese además que la línea que presumían establecer entre el pasado y el presente era una ficción. Por lo menos les era común con los viejos partidos lo que hoy mismo nos vincula con ellos: el principio democrático y muchas de sus aplicaciones. El partido unitario deja un rastro luminoso por su espíritu civilizador, y á su memoria están asociadas vastas adquisiciones en el sentido liberal. El partido federal brilla por su inspiración política, y hay ingratitud ó ligereza en divorciarse de su tradición cuando el desarrollo del país ha consolidado una organización republicana bajo el plan que él proclamaba temprano. Yo sé que hay que discernir en la obra de ambas fracciones que como toda entidad humana mezclaron la escoria con el metal precioso; pero sé á la vez, que en 1837 había que escoger entre la doctrina de uno y otro y acatar lo que